



COMO MARIPOSA
TOCANDO EL ALMA

Alfonso Vallejo Gago

COMO MARIPOSA
TOCANDO EL ALMA



Primera edición: agosto de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alfonso Vallejo Gago

ISBN: 978-84-18366-44-4

ISBN digital: 978-84-18366-45-1

Depósito legal: M-17228-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Fran, que me ha permitido compartir
una parte de su vida con ustedes.*

Índice

Fran.....	11
Introducción.....	13
00 Creo que he muerto.....	19
ANTES DE LA VIDA.....	23
1 Cómo empezó todo.....	25
2 La Tríada de la Ascensión.....	29
3 El Consejo Kármico.....	39
4 El Plan de Vida de Kepha.....	43
5 La intuición.....	47
6 Preparando la vida.....	51
LA VIDA EN LA MATERIA.....	55
7 La llegada de Kepha a la vida.....	57
8 Las enseñanzas de la sociedad.....	63
9 Vivir de apariencias, vivir para los demás.....	67
10 Apego y Amor.....	71
11 Las dudas de Fran.....	79
12 Del amor platónico y otros pensamientos irracionales.....	83
LA VIDA INDEPENDIENTE DE FRAN.....	89
13 Ejercicios espirituales de Fran.....	91
14 ¿Pecado o Karma?.....	95
15 El primer trabajo de Fran.....	101
16 ¿Para qué la vida?.....	105
17 El primer amor.....	115
18 Fran cumple con la patria.....	119
19 La ironía de la pareja.....	123
20 La separación de Fran.....	127
21 Los hijos como arma arrojadiza.....	131
22 Almas afines.....	135
EL DESPERTAR DE FRAN.....	137
23 La noche oscura.....	139

25 Un nuevo amanecer	149
25 Yoga.....	157
26 Kundalini	163
27 La hija de Fran	171
28 Despertar	175
30 La vida espiritual de Fran.....	177
30 La misión de Fran. Segundo despertar	191
32 El Amor incondicional y Fran.....	205
32 Si alguien tiene oídos para oír, que oiga (Marcos 4:9)	211
Tocando el alma	219

Fran

Cuando Alfonso me entregó el manuscrito del libro para que lo leyera, lo tuve varios días en estado de hibernación. No me atrevía a comenzar su lectura porque no quería enfrentarme con lo que había sido mi vida hasta el momento, me asustaba revivir momentos amargos. Se me congelaba la sangre en las venas de solo pensar que otras personas iban a entrar en mi intimidad y el pudor que sentía por airear mis sentimientos y mis emociones hacía que me aferrara a las hojas del manuscrito, como no queriendo pasar las páginas.

Al final lo leí. Y me gustó. Más que gustarme, me encantó. Enlazar las vivencias de lo que había sido mi vida hasta el día de hoy, con una visión de la vida desde la perspectiva del alma y con el aprendizaje que suponían dichas vivencias, le daba otra dimensión a mi vida, por lo menos, a la primera parte de mi vida, ya que de las siguientes me gusta pensar que sí que fueron un poco más cercanas al alma y a Dios. Yo también, como Alfonso, quiero volver a Dios, pero entiendo que aún, como él, tengo temas pendientes que aprender, temas pendientes que resolver y, posiblemente, temas que enseñar.

Una vez finalizada la lectura me sentí muy bien, porque comprendí que mi vida no tenía nada de especial, era como la de casi todos, una vida de lucha, de trabajo, de sufrimientos y alegrías. Era una vida —ahora lo sé— pactada de antemano, y aunque me había salido del guión en algunos o en muchos tramos de mi vida —¡como todos los mortales!— no sentía que había sido en demasía. O al menos me reconforta pensar que ha sido así.

A pesar de haber realizado infinidad de trabajos de perdón, si alguna de las personas que han compartido mi vida llegan a leer este libro y se reconocen, quiero reiterarles mi perdón, ahora públicamente y, por si a alguna persona le ha quedado dudas, quiero que sepan que yo también las he perdonado en todo aquello que, en su momento, pudiera haberme ofendido. Aunque tengo que reconocer que nunca fue mucha la ofensa y nunca guardé ira ni nada parecido. Lo más que llegué a sentir fue tristeza.

Hoy sé que todo es un aprendizaje, o para ser más exactos, se trata de recordar porque ya lo sabemos todo.

Hoy sé que la aceptación y el amor son las claves de la vida, de una vida plena, de una vida feliz.

Me hubiera venido muy bien la lectura de un libro parecido años atrás porque al leer los retazos de mi vida he sido consciente de que hace ya mucho tiempo que dejé de ser un niño y que he mantenido, en ciertas etapas de mi vida, un sufrimiento inútil —¿o no?—, porque ha sido a través de ese sufrimiento inútil como he llegado hasta donde me encuentro en la actualidad, que no sé si es muy lejos o muy cerca, pero tengo una sensación casi permanente de felicidad y, sobre todo, de paz interior, que siento que es bueno para mí, lo que me hace pensar que ahora sí, ahora estoy en el buen camino.

Espero que disfruten la lectura de este libro tanto como yo la he disfrutado y que extraigan las enseñanzas que contiene, a mí me parecen muchas. Su vida puede dar un giro de ciento ochenta grados.

Bendiciones.

Fran.

Introducción

Me siento perdido porque aún me siento separado de Dios sabiendo que esa es la auténtica misión de la vida, y me aterra pensar que tengo que volver a vivir. Me da igual que sean una o quinientas vidas, con una sola ya siento suficiente terror, ¿para qué pensar que puedan ser quinientas?

Y me aterra la vida porque en momentos de reflexión sobre esta y la muerte he llegado a la conclusión (mi conclusión, por supuesto) que esto que conocemos como «vida» no es tal. Yo creo que ahora estamos muertos. Y lo que llamamos «muerte» no es más que el renacimiento a la auténtica vida, a la vida del alma, al amor, a la vida de Dios.

Otros definen la vida como un sueño o como una ilusión. Estoy con ellos, pero no solo a nivel intelectual sino a nivel de vivencia, porque esa es la idea que permanece integrada en cada célula de mi cuerpo.

Sé que estoy viviendo un sueño. Un sueño entre la alegría y la tristeza, entre la felicidad y el sufrimiento, entre la ilusión y el desencanto, pero tampoco es de mucho alivio saber que estoy soñando, porque es a través del sueño desde donde tengo que librar la batalla de la vida.

En el cómputo global de la vida, aun reconociendo su belleza, me siento un poco cansado de tanta lucha.

¡Quiero volver a Dios!

Lo mismo le ocurre a Fran y supongo que es lo mismo que le ocurre a miles o millones de personas.

Conocí a Fran en Lima, Perú. Se podría catalogar el encuentro como «casual», como tantos encuentros en la vida. Fue haciendo cola en la caja de un supermercado. Nos tocó una cajera un poco lenta, lo que nos dio pie para poder hablar en los minutos de espera (que fueron muchos) de la vida y de la muerte, de Dios y del demonio y, también, cómo no, de la lentitud de la cajera. Tengo que reconocer que llegamos a criticarla un poquito siguiendo la «bola» de nuestros compañeros de espera.

Sin embargo, los dos supimos que era un encuentro pactado de antemano. Ese encuentro casual fue el primero de otros muchos encuentros programados en los que conversamos durante horas. Y en esos encuentros y de esas conversaciones nació una profunda amistad y la idea de utilizar la vida de Fran como nexo de unión entre la vida en el cuerpo y la vida del alma, desde el nacimiento a la muerte o, mejor, desde antes del nacimiento hasta la vuelta al otro lado de la vida.

Es de lo que trata el libro: de la gran diferencia que existe entre la vida física y la vida del alma. De la conexión que todos los seres hemos de realizar entre ambas vidas. Del camino que se ha de recorrer para llegar a Dios que es una meta que pocos tienen clara.

En relación a la materia, trata de cómo llegamos a la vida, qué es lo que nos enseñan, cómo tenemos que desaprender para despertar y la dureza del tramo final. Aunque a veces pienso que es mucho más feliz el que cree que la vida es lo que parece, un lugar de desigualdad y de lucha, que aquel que cree que la vida es el espacio que nos damos, a nosotros mismos, para aprender, para crecer, para volver a Dios.

Y en relación a la vida del alma, fuera y dentro del cuerpo: vivir para ser felices, vivir para ayudar, vivir sabiendo de qué va la vida.

Sé que la ignorancia no es eximente, pero si alguien es feliz en su ignorancia, ¡bendito sea Dios!, ya les tocará pasar por el mismo peaje en el que ahora nos encontramos algunos y comenzará su larga caminata por el desierto. En alguna duna nos encontraremos.

La vida que ha vivido Fran no tiene muchas diferencias con la vida de cualquier mortal. Sí. Ya sé que ser discípulo de Jesús

es como un valor añadido, pero a él no le ha servido de nada, en primer lugar, porque eso puede ser solo una quimera y, en segundo lugar, porque la realidad es que una vez en la materia todos tenemos que lidiar en las mismas plazas, con las mismas herramientas, y los primeros años de su vida no fueron precisamente en cuna de oro y, por lo que parece, los últimos tampoco.

Poco importa quién se haya sido en vidas anteriores porque todo el trabajo se ha de realizar ahora, en esta vida y con este cuerpo. Lo importante es ser consciente de eso y realizar el trabajo para el que se ha nacido.

Si alguien tiene oídos para oír, que oiga.

Marcos 4:9

Creo que he muerto

De pronto, sin tener en absoluto conciencia de qué había pasado antes de este momento, me vi sentado en la cama. Me sentía increíblemente bien. Ni tan siquiera traté de recordar otros momentos en los que me había sentido tan bien, no lo necesitaba, sabía, sin ningún género de duda, que este era el mejor momento de mi vida. Y ¡qué curioso!, no estaba asociado a ninguna de las cosas por las que me he pasado la vida deseando y suspirando: no me había tocado la lotería, no me habían ascendido en el trabajo triplicándome el sueldo, no me habían presentado a la actriz de mis sueños, la vida de mi familia ya era buena y no había variado para excepcional, ¿por qué estaría tan bien?

Tampoco me cuestionaba cómo había llegado a sentarme en la cama, ni qué había estado haciendo con anterioridad. Me sentía pleno, me sentía luminoso, me sentía expandido, como si ocupara toda la habitación. Por alguna razón que no sabía explicar, tenía conciencia de que lo sabía todo y de que podía aprobar cualquier examen, sin importar la materia, pero tampoco me importaba saber que sabía y, por supuesto, no me iba a presentar a ningún examen.

¡Qué curioso!, no sentía ninguna molestia en mi cuerpo, no sentía pesadez, me sentía ingrátido como una pluma con la agradable sensación de poder volar o flotar, aunque por el momento no pensaba probarlo. También sabía que podía verlo todo sin necesidad de colocarme los lentes que tenía en la mesilla de noche

y que había recuperado la audición que había perdido en mi oído izquierdo. Pero más curioso todavía era que eso lo sabía porque sí, no me importaba saberlo y yo, que he sido toda mi vida un escéptico y que como Santo Tomás tenía que ver para creer, lo sabía sin cuestionarme nada y sin importarme en absoluto tanta sapiencia acumulada en mí.

Estaba tan ensimismado con los descubrimientos que iba haciendo sobre mí que no me habían llamado la atención los sollozos contenidos que llevaba rato escuchando, a decir verdad, desde que me encontré sentado en la cama. Enseguida supe quiénes eran los responsables de los sollozos, era mi gente, era mi familia. Pero ¿por qué lloraban?, los veía llorar y no sentía ni un ápice de tristeza, solo amor. ¿Por qué lloraban?

No había terminado de pensar la pregunta cuando aparecieron ante mí un grupo de personas, entre ellas estaban, ¡oh! la Virgen María, Jesús, un Maestro del que había leído mucho, Djwhal Khul, mi padre que había muerto hace cincuenta años y mi abuela que había muerto hace más de setenta. El resto debían ser ángeles o alguien más importante porque estaban rodeados de una luz intensa y casi cegadora. Era tal su luz que iluminó toda la habitación. No entiendo cómo los miembros de mi familia no estaban tan asombrados como yo, posiblemente fuera porque tenían los ojos ocupados por el llanto, sino seguro que también los habrían visto. Les miré sin asombro y sin cuestionarme qué era lo que hacían allí, les miré sintiendo por ellos el mismo amor que sentía por mi esposa, mis hijos y mis nietos que sollozaban en otro lado de la sala.

—Has muerto —dijo mi padre.

—Pero, papá —respondí—, cómo voy a haber muerto si estoy aquí hablando contigo, si soy consciente de que lo estoy haciendo, estoy viendo y oyendo cómo lloran los míos, supongo que debe ser un sueño.

—No, hijo mío, es la realidad, has muerto, lloran porque te has muerto. Mira tu cuerpo ahí, inmóvil, tendido en la cama —concluyó mi padre.

Miré el que había sido mi cuerpo, sin ningún tipo de lástima ni de temor, y pregunté dubitativo:

—Y ¿ahora qué?.

—También lo sabes, igual que sabes muchísimas más cosas. Si-gues siendo libre de hacer, de sentir y de pensar. Puedes venir con nosotros ya o puedes esperar, tú decides —dijo Jesús, que parecía ser el de mayor rango del grupo.

—Podéis iros, esperaré. Sí, sé el camino de vuelta —concluí. Y desaparecieron de la misma forma en que habían llegado.

Me acerqué a mi esposa y a mis hijos y los abracé con ternura. Si mi amor por ellos ya era infinito en vida, ahora, sin el estorbo del cuerpo podía expresar en ese abrazo una ternura increíble. No lo sintieron, seguían llorando. Me gustaría que supieran que estoy bien, que jamás lo había estado tanto. «Bueno, no pasará mucho y ellos también podrán disfrutar de esta sensación». Y sabía cuánto, porque en ese momento supe cuánto tardarían en acompañarme.

Fui consciente de que se había acabado el tiempo tal como lo conocía. Ahora todo era presente. Era presente el pasado, era presente el ahora, era presente el futuro. De hecho, no había tiempo, todo era presente y sabía que podía viajar por ese eterno presente solo con mi pensamiento. Tantas veces como llegué a preguntarme cuando vivía en el cuerpo qué habría sido en otras vidas o cómo habría sido este o aquel otro acontecimiento. Ahora lo sabía y, lo más gracioso es que no me importaba, porque es algo que sé desde siempre, pero que se me había olvidado el ratito de la vida en el cuerpo.

Pasé el tiempo abrazando amigos y familiares. «Caray, cuánto lloraban». A algunos les gritaba: «¡Estoy bien, estoy estupendo!», pero era en vano, no me oían por mucho que gritara. Creo que los únicos que eran conscientes de que estaba allí eran el gato, que trataba de frotarse con mi pierna, y mi nieto de casi dos años, que me miraba y tendía su manita. Al día siguiente celebraron una misa para despedirse de mí. ¡Cuánta gente fue a mi funeral!, pasé por todos los bancos de la iglesia para despedirme de todos, uno por uno. Creo que alguno fue consciente de mi abrazo, pero si hubiera

dicho algo lo habrían tildado de loco. Después del funeral quemaron el que fue mi cuerpo, y cuando todos llegaron a casa y pudieron descansar después de tanto ajetreo, les di mi último abrazo y decidí volver a casa.

Había estado noventa y dos años con ellos, en realidad, no todo el tiempo con todos, pero con esa cantidad de años me había dado tiempo para compartir largas temporadas de mi vida con muchos de ellos.

Cuando tomé la decisión de volver, un rayo de luz descendió sobre mí y fui absorbido ascendiendo por ese canal de luz hasta la que iba a ser mi morada por un largo tiempo.

Al final de la luz estaban los que había bajado a comunicarme que había muerto y un sinfín de seres más, todos conocidos por mí. Y como a coro escuché que me decían:

—¡Bienvenido a casa, Khepa!

—Has hecho un gran trabajo.

—Repasemos juntos tu camino.